



NAUFRAGIO DE UN NAVIO DE LA ARMADA TITULADA LA INVENCIBLE, SOBRE LA COSTA DE ESCOCIA.

La escena de uno de los episodios mas tristes de la historia de la marina española, es lo que representa la lámina que damos hoy. Una rivalidad política, tenaz, agravada por la diferencia de religiones, preparaba la guerra hacia tiempo entre el rey de España, Felipe V, é Isabel, la reina virgen de Inglaterra. Esta guerra estalló finalmente con uno de los muchos ataques arteros é innobles que dieron los ingleses á nuestros galeones. En 1586 el almirante Drake destruyó en Cádiz, sin previa declaración de guerra, una flota entera de buques de transporte. Felipe quiso vengarse con la conquista de la Inglaterra, y al efecto equipó la escuadra mas fuerte que se ha conocido en Europa. Contaba 22,000 hombres de desembarco distribuidos sobre 152 navios; debía tomar en Flandes 25,000 soldados veteranos, mandados por Alejandro Farnesio, y en Normandía habia 12,000 franceses prontos á reunirse con ellos. La Inglaterra, en cambio, no pudo reunir mas que 114 buques, de los cuales el de mas porte tenia trescientas toneladas, y sobre ellos embarcó sus 15,000 marineros. Uno solo de estos buques, el *Triumph*, llevaba 40 cañones. Pero esta escuadra, que carecia de fuerza material, tenia la fuerza inteligente en mas alto grado que la española.

Sabidos son por demás los sucesos que acarrearón la pérdida de nuestra escuadra, con gran detrimento del erario y de la gloria nacional. El gefe experimentado que debía mandarla, el célebre marqués de Santa Cruz, adelantado de la Florida, que unia á su pericia y valor militar la prudencia de un marinero consumado, falleció antes de acometer aquella empresa gigantesca, encareciendo al morir que se asegurara un puerto que sirviera de refugio á la escuadra en caso de tormenta ó de derrota. Reemplazado por el duque de Medina-Sidonia, marino de corte, cuya presuncion igualaba á su ignorancia, á pesar del consejo de Santa Cruz, ratificado por el duque de Parma que proponia apoderarse de Flesinga, declaró que eran inútiles las precauciones, y aparejó el 19 de mayo de 1588. Desde entonces empezaron las desgracias de la *Invencible*. Combatida en el cabo de Finisterre por un huracan furioso, careciendo de buenos prácticos, tomando por este motivo unos parages por otros, ostigada en su marcha lenta y pesada por los ligeros buques ingleses, el fin de esta empresa colosal fué la destruccion casi total de la armada, naufragando muchos buques en las costas de Irlanda y Escocia, ca-

yendo otros en poder de los ingleses, y escapándose algunos al extranjero con las tripulaciones sublevadas.

MEMORIA

SOBRE LA CONVENIENCIA DE ESTABLECER POR PRIMERO EN MERIDIANO DISTINTO DE LOS QUE HASTA AHORA SE HAN ADOPTADO COMO TALES POR LOS GEÓGRAFOS.

Desde los primeros tiempos en que los hombres convirtieron su atención á conocer el globo que habitaban, echaron de ver la necesidad de arbitrar un medio para determinar la posicion geográfica de los puntos de la tierra; empero no poseian un conocimiento perfecto de la figura de ésta, ni se tuvo en muchos siglos despues; y así, conceptuándola mas estensa desde Occidente á Oriente que de Septentrion á Mediodia, como se conoce del mapa que trazó Agathodemon, llamaron latitud á lo que habia entre estos dos últimos puntos, y longitud lo que se comprendia entre los primeros, en cuyo sentido solo pudieron adoptarse estas palabras, puesto que un globo no tiene ancho ni largo, cuando ya se acercaron á tener una idea mas conforme de la figura de nuestro planeta.

Para tener pues un término fijo desde donde principiar á contar los grados de longitud, establecieron los geógrafos un primer meridiano, y desde él numeraban hasta los 360, uso que ha durado hasta nuestros dias, en que se ha distinguido la longitud para mayor comodidad en oriental y occidental, dando á cada una 180 grados. La mas antigua posicion del primer meridiano, segun Piteas de Marsella, célebre cosmógrafo que floreció por los años de 520 antes de Jesucristo, estaba en la isla de Jule, que en lo antiguo se reputaba por la mas apartada de las tierras en el Océano hácia el Septentrion (1).

La segunda posicion del primer meridiano es la de Erathóstenes, natural de Cirene, que nació 276 años antes de Jesucristo, y fue dis-

(1) Los geógrafos antiguos unen esta isla con las Británicas, que Virgilio y Séneca llamaron *ultima Thule*. Ortelio cree que es aquella region de la Noruega que los naturales nombran *Tilemark*; Cambrdeno las islas *Schotlandias* del mar de Escocia, que los navegantes dicen *Thylensel*; otros finalmente la Islandia.

12 DE MAYO DE 1850.

cipulo de Ariston y de Calimaco, y bibliotecario de Alejandria en tiempo de Tolomeo Evergetes, que lo situó en las columnas de Hércules, lo que tambien hicieron algunos árabes.

La tercera posicion es la de Marino de Tiro, que floreció por los años 70 de Jesucristo, y Tolomeo, que lo colocan en las islas Fortunadas, hoy Canarias, como el último término del mundo entonces conocido.

La cuarta posicion es la de Ismael Abulfeda, célebre príncipe que reinó en Siria en el siglo XIV, y compuso en árabe una geografía, el cual lo pone en el estrecho de Gibraltar, 10 grados al Oriente del meridiano de Tolomeo. Alfaras y Albiruni, autores tambien árabes citados frecuentemente por Abulfeda, ponen allí mismo su primer meridiano; y Nasin Eddin y Ul-Beg 10 grados mas occidental, que corresponde á las islas Canarias.

Los chinos cuentan la longitud desde el meridiano de Pekin, y de este modo están calculadas las tablas geográficas del atlas chino del P. Martini.

Los indios, y á su imitacion algunos árabes, eligieron por primer meridiano el de Cancadora, y contaban desde Oriente á Occidente.

Los astrónomos españoles que siguieron las tablas alfonsinas, y los autores de estas, pusieron por primer meridiano el de Toledo, tanto por ser ésta una de las ciudades mas notables del reino, como porque era el lugar de sus observaciones.

Quisieron otros que la línea de demarcacion, llamada tambien de Alejandro VI por haberla establecido este pontífice á fin de evitar las discordias entre las coronas de Castilla y Portugal ocasionadas con motivo de los descubrimientos hechos á fines del siglo XV y principios del XVI; quisieron otros, decimos, que esta línea (1) fuese el principio de donde se contase la longitud.

Algunos náuticos, creyendo que la brújula no declinaba en las islas Azores, tuvieron este motivo para fijar en ellas el primer meridiano. Janson, en su Mapa-mundi del año 1604 y en el de 1607, y Nicolás Fischer, en su obra titulada *Orbis maritimus*, y otros lo establecieron en las islas de Corvo y Flores, que están casi bajo el mismo meridiano. Roberto Dudley, en su *Arcano del mar*, pone su primer meridiano en la isla del Pico, desde donde calcula las longitudes de esta obra, y pretende que la aguja no tiene declinacion en el meridiano de esta isla. Por la misma razon pusieron el primer meridiano en la isla del Fuego, una de las del Cabo-Verde, Ortelio en su mapa-mundi, Pedro Bercio en su *Europa contracta*, y Janson en sus planisferios. Otros, en fin, le hacen pasar por la isla de San Vicente.

Tolomeo y los árabes que le siguieron colocaron su primer meridiano en las Canarias; pero no estando estas islas bajo uno mismo, pues hay mas de 3° y medio de diferencia entre las que mas distan entre sí, se ofrece la dificultad de determinar por cuál de ellas ha de pasar este círculo. Romualdo Mercator y otros empiezan á contar sus longitudes desde la costa occidental de la isla de Palma por la falsa persuasion en que estaban de que ésta era la isla mas occidental de las Canarias. El P. Riccioli puso tambien en esta isla su primer meridiano, y dice que lo hizo con el motivo de haber partido de ella como término el mas occidental de las Canarias, Cristobal Colon al descubrimiento del nuevo mundo; y que de los navegantes que abordan á las Canarias son mas los que van á esta isla de Palma para dirigir desde allí sus rumbos. No son estas ciertamente razones muy fundadas, porque Cristobal Colon antes se habia dado á la vela en Palos, y Palma no es la mas occidental de las Canarias, como erróneamente se señaló en algunos mapas antiguos; y si los navegantes van á aquella isla es porque en ella se proveen mejor y hallan mas comodidad que en la del Hierro, que es ciertamente la mas occidental de este archipiélago.

Los geógrafos franceses pusieron su primer meridiano en la parte mas occidental de la isla del Hierro (2), para cuyo establecimiento juntó el cardenal Armando Juan du Plessis de Richelieu los mas famosos matemáticos de Europa en el arsenal de París en 1634, los cuales determinaron fijarlo en dicha isla; resolucion que confirmó Luis XIII espidiendo un decreto en que mandó que los geógrafos franceses adoptasen éste por primer meridiano; mas sin embargo de esto muchos mapas hechos por geógrafos de esta nacion ponen por primero el de París.

Todavía hubo mas divergencia en adelante, porque despues que el arriba citado Janson en sus *Cuatro partes del mundo*, obra publicada en 1624, adoptó, no ya el de las islas de Corvo y Flores, como habia hecho antes, sino el que pasa por el Pico de Teyde; Guillermo Blaeu en su Atlas, y Nicolás Vischen en su mapa-mundi, y otros muchos holandeses hicieron lo mismo, por lo que algunos le llama-

ron á éste meridiano holandés, y ha sido seguido por algunos españoles.

Finalmente, desentendiéndose de las consideraciones que tuvieron estos geógrafos, principió cada nacion á establecer por primero el meridiano de su capital, ó el de sus observatorios astronómicos: los franceses el de París, como ya antes habian principiado á usarlo; los ingleses el de Greenwich, cerca de Londres; en Alemania el de Dentin; los españoles el de Madrid y señaladamente el que pasa por el seminario de nobles de esta corte, como lo hizo don Isidoro de Antillon; los marinos de esta nacion el de Cádiz, etc., etc. De toda esta variedad no ha podido menos de resultar una confusion que seria conveniente desapareciese para comodidad de todos los que se dedican al estudio de la geografía y de los constructores de cartas. Porque si bien no es difícil reducir los cómputos hechos por un meridiano á los formados por otro, para lo cual aun se encuentran tablas en algunas obras geográficas, este trabajo se escusaria conviniendo todas las naciones en admitir unánimemente un primer meridiano, lo que deberian promover las sociedades científicas de cada una de ellas, especialmente las que tienen por objeto los progresos de los conocimientos geográficos.

Para esto, en vez de fijar el primer meridiano en consideracion á las varias razones que, como hemos espuesto, han tenido algunos geógrafos antiguos y modernos, ó de adoptar cada nacion el suyo particular por una especie de egoismo ó de pretension vana de dar la ley en esta materia, deberian escoger para este fin un lugar el mas señalado de toda la tierra por cierta circunstancia particular que no se hallase en ninguna otra parte. Esta circunstancia deberia ser la elevacion. El punto mas alto del globo sobre el nivel del mar, ese deberia ser el término de que se principiase á computar la longitud, estableciendo en él el primer meridiano. Este punto mas alto está en el dia determinado despues de haber medido los geógrafos y viajeros las alturas mas elevadas de toda la tierra. No se conoce en toda ella mayor elevacion que la del pico de Dawalagiri, situado en el Tibet, en el Asia, el cual llega á tener 24,769 pies franceses sobre el nivel del mar (1). Y si un geógrafo español no muy antiguo (2), hablando del pico de Teyde, dice que parece que el autor de la naturaleza lo crió para esta importante funcion por razon de su altura, ¿con cuánta mas podremos decir esto de la cima de Dawalagiri, que es el gigante de todas las cordilleras que erizan la superficie de la tierra?

Establecido así por primer meridiano el que pasa por la cumbre de Dawalagiri, no seria necesario indicar en las cartas el que cada geógrafo seguia, como es indispensable hacer ahora, si se quiere escusar el adivinarlo al que estudia ó examina un mapa. Todos sabrian que habian de calcular desde aquella altura sin igual la longitud de todos los lugares, y cualquiera que fuese la carta que se presentase, no dudarían el meridiano, que no habia podido menos de tenerse presente al tiempo de su formacion.

La uniformidad en todas las cosas para facilitar la comunicacion y el trato de las naciones seria de la mayor utilidad y no tan difícil de conseguir como á primera vista parece. Ya hubo un sabio distinguido que quiso lo que era menos practicable, ó por mejor decir imposible, esto es, el uso de un idioma universal; pero si aquello no es asequible, lo es la uniformidad en el sistema monetario, en el de pesas y medidas, y mas todavía en adoptar un primer meridiano, pues esto está al arbitrio únicamente de los hombres de letras. El lenguaje de las ciencias es universal en todas las naciones, y el de la geografía no deberia serlo menos; por lo que á las palabras primer meridiano deberia corresponder en todos los pueblos cultos una sola y única idea, y entenderse el círculo máximo que pasando por los polos toca en la cima del elevado Dawalagiri.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

De la Real Academia de la Historia.

CASA CONSISTORIAL DE LUGO.

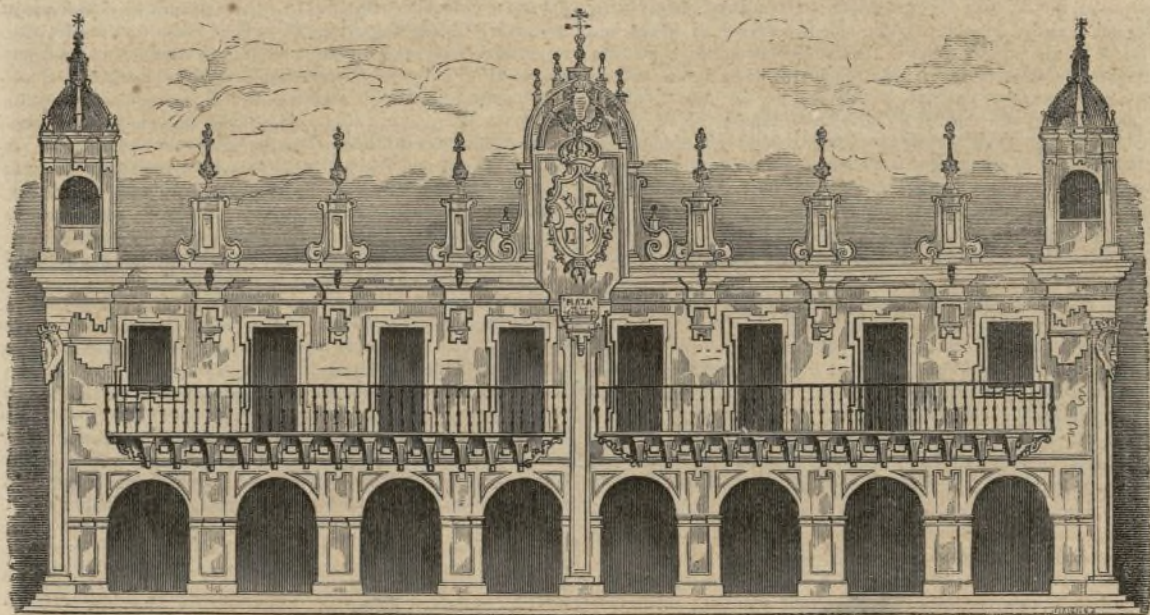
Hace cerca de tres siglos no tenia Lugo casa propia para ayuntamiento, porque era pueblo que estaba subordinado á la influencia del obispo, quien como señor jurisdiccional y territorial nombraba los alcaldes, merino y regidores que lo rigiesen y gobernasen, aunque el orden municipal no era complicado ni exigia los cuidados de ahora. Con todo, la justicia y regidores de entonces, conocedores de la independencia que debian tener para el ejercicio de sus funciones, teniendo presente lo importante que les era la adquisicion de un focal donde establecer la casa de la ciudad en un pueblo que habia gozado

(1) Dividia el globo de polo á polo por el meridiano de las Canarias en dos hemisferios, de los que el oriental se señaló á Portugal, y el occidental á Castilla.

(2) El meridiano de la isla del Hierro no pasa por la misma exactamente, sino 50° hacia el Este.

(1) Es de advertir que el pie francés es mayor que el castellano en la proporcion de 7 á 6.

(2) Don Tomás Lopez, geógrafo de S. M.



(Casa consistorial de Lugo.)

títulos de honor en la antigüedad romana, que tenía voz y voto en Cortes, y que hacía de capital en una de las siete provincias de Galicia, celebraron contrato con el obispo D. Fernando Belosillo en 4 de setiembre de 1570 ante el escribano Pedro Lemos, permutando la hacienda del Burgo, que pertenecía á los propios, por el solar que en la plaza de las Cortiñas (1) ocupaban las casas da Feirabella, que eran de la mitra. Sobre estas casas muy luego fue levantado un edificio á la verdad poco digno de pertenecer á la grandeza de su destino; pero subsistió por cerca de dos siglos, hasta que por el buen gusto de los tiempos pareció mezquina su permanencia; y así es que hacia el año de 1755 se proyectó y llevó á cabo la nueva casa consistorial que le sustituye, y que hoy descuella con orgullo en la mejor localidad del pueblo, formando la principal testera de su estensa plaza mayor, de cuya fachada presentamos una vista á nuestros lectores, no quedando del anterior edificio sino la fábrica interior de los soportales. Su interior es vasto con un buen salon de sesiones, y otros departamentos que pueden necesitarse para la administracion municipal, teniendo la circunstancia de que sus anchos soportales sirven de abrigo para la entrada principal, y á la guardia para prevención permanente. En el ancho de su fachada, adornada de molduras y escudos, corren dos balcones que se utilizan para decoraciones en casos de regocijos, y á sus extremos tiene dos torres. En su centro, sobre un cuerpo elevado con bastante gracia, tiene las armas reales, y en las esquinas que hacen lado á dos calles, están esculpidos los escudos de las armas de la ciudad, que cuartelados representan una torre colocada en medio de dos leones rapantes, y sobre la torre un cáliz con su hostia radiante en medio de dos querubines, y la cima con corona. La reforma interior que se dió á esta casa en 1841 aumentó su importancia, así como las dos escaleras que la dan subida desde el patio presentan un aspecto propio del objeto de su destino. En el archivo de esta casa, que poco mas data de tres siglos, pues sus documentos históricos han desaparecido con la venida de los ingleses en tiempo de D. Enrique de Trastámara, cuando la guerra con D. Pedro el Cruel, sospechándose existan en la universidad de Oxford, solo hay varios privilegios de exención concedidos en favor del ayuntamiento y vecinos, entre los cuales pueden contarse el de yantar tributo de vasallage, el de portazgos de sus vecinos, almotacen, pesos y medidas que sería prolijo referir; pero no puede omitirse que el todo del edificio es digno del pueblo que lo conserva, y que debe ser mencionado en las páginas del SEMANARIO. En la secretaría se conserva la serie de los retratos de los reyes de la dinastía actual, desde Felipe V, alguno de bastante mérito; y en un gran cuadro el dibujo del mosaico romano, descubierto en una de sus calles en 4 de setiembre de 1842, de que se dió noticia en el SEMA-

NARIO del mismo año, facsimil exacto que van á reconocer y admirar todos los sujetos que no tuvieron la satisfacción de ver aquel vestigio antes que se cubriese.

Lugo y junio de 1849.

JOSE TENEIRO.

COSTUMBRES DE LAS ABEJAS.

Al escribir este artículo, no trataremos de entrar en las brillantes consideraciones á que induce el exámen del orden maravilloso que reina en las ciudades habitadas por estos insectos, porque nuestro objeto es esclusivamente dar á conocer á nuestros lectores las costumbres de la abeja, esa especie que el hombre ha aprendido á gobernar para utilizar en provecho suyo sus trabajos. La tomamos en el estado salvaje; la mostramos estableciendo su habitación, yendo á buscar las sustancias con que construye sus celdas, y las que le sirven para la composición de la miel; la hacemos ver despues observando los cuidados mas minuciosos é inteligentes para la conservación de sus huevos, la educacion de sus crías, y la preparación de sus alimentos; finalmente, la seguimos en su emigracion, cuando un número harto considerable de crías obliga á las abejas de una colmena á buscar otra habitación.

La abeja doméstica tiene el cuerpo velludo y de un color pardusco; tiene cuatro alas membranosas y seis patas; está provista de un aguijon para defenderse, de una especie de trompa con la que recoge la miel, y de dos estómagos, uno de los cuales la sirve para ejercer las funciones del estómago común, y el otro le usa para la preparación de la cera y de la miel.

En una colmena se distinguen tres clases de abejas: 1.^a Las abejas trabajadoras, designadas tambien con los nombres de neutras, ó mulas, á cuyo cargo está todo el trabajo, y que no son ni machos ni hembras, siendo su empleo construir, hacer la cosecha y educar las abejas jóvenes; todas tienen una trompa para el trabajo y un aguijon para el enemigo: 2.^a Los machos ó zánganos falsos, que no tienen aguijon, y que son de un color mas oscuro que las trabajadoras, y una tercera parte mas abultados que ellas; y 3.^a Una abeja única encargada de la multiplicacion de la especie, que está armada de un aguijon, y que es mas fuerte y mas larga que los machos; produce ella sola individuos suficientes para poblar, no solo una colmena, sino varias: la llaman la reina de la colmena.

En el estado salvaje, las abejas establecen sus colmenas en los huecos de los árboles, donde observan la misma policía que en las colmenas que les prepara la mano del hombre; en cuanto una colonia de abejas ha tomado posesion de una habitación, empiezan á calafa-

(1) La denominacion de las Cortiñas indica que lo que hoy es Plaza Mayor fué en anteriores épocas terreno cultivado.

tear interiormente las paredes con una cera ó betun blando llamado *propoleos*, que recogen las trabajadoras en las plantas resinosas; en seguida construyen las celdas, que han de contener un huevo cada una de los que pone la reina; el conjunto de estas celdas, que toma despues el nombre de *panal*, está compuesto de una gran cantidad de alveolos de forma exágona, y cada uno de sus lados ó paredes constituye á su vez la pared de otros seis exágonos iguales que la rodean, y cuyo fondo angular da tambien paredes semejantes á las casillas que tiene debajo. Hay tres clases de alveolos: los que contienen los huevos de las trabajadoras, que son los mas numerosos; los que han de contener los huevos de los machos, que son un poco mayores; y finalmente, los que estan destinados á las hembras, que son tres ó cuatro, y que tienen mayores dimensiones que todos los demas.

De las flores estraen las abejas trabajadoras las sustancias con que construyen sus celdas; se revuelcan en sus cálices y con los tarsos ó raspos que tienen en las patas, y particularmente con los cepillos que tienen en las últimas, desprenden de los estambres el polvo llamado *pollen*, forman con este polvo una especie de glóbulos y con las segundas patas ponen estos glóbulos en una especie de cestita ó paleta que tienen en las últimas patas de atrás; regresan con esta carga á la colmena; allí la reciben otras abejas que se tragán este polvo, lo preparan en su segundo estómago de que hemos hablado antes, y producen la materia conocida con el nombre de cera.



Las mismas abejas trabajadoras van despues á buscar en el fondo de las flores un zumo mas dulce que se tragan y van á derramar una parte de él en las celdas, con lo que forman la miel: este zumo le estraen con la trompa que las sirve para dividir los cuerpos sólidos y sacar de ellos los líquidos que contienen.

El dardo á aguijón de la abeja exige una descripcion particular. La base de este aguijón es un conjunto de nueve escamas cartilaginosas ó córneas, de las cuales, ocho parecen estar destinadas á impulsar vivamente hácia fuera la punta del aguijón por medio de los músculos que tienen, y la novena que tiene la forma de una V, y cuya parte mas ancha está colocada hácia adelante, parece deber operar la retracción de la punta indicada; el cuerpo del aguijón es redondo y largo; se compone de dos porciones semi-cilíndricas, pegada una á otra, y de dos hojas muy agudas que estan movibles en el interior de esta especie de vaina y que dejan entre ellas su ranura diminuta vuelta hácia la base. No es solo la picadura de la abeja la que produce el dolor, sino el efecto químico de un veneno que introduce el dardo en la herida; no se conoce sin embargo la naturaleza de este veneno, por no haber podido adquirir la cantidad suficiente de él para examinarle y descomponerle.

Mientras dura el trabajo de las celdas por las abejas trabajadoras, los machos fecundizan á la abeja madre: en cuanto ésta deposita sus huevos en las celdas, cuando ya las trabajadoras, que hasta entonces los habian estado alimentando con el mayor cuidado, los echan inhumanamente de la colmena, y los matan si rehusan salir. Como éstos no tienen aguijón para defenderse, hacen poca resistencia. Dejan la habitacion y se ven obligados á derramarse por el campo, donde mueren muy pronto.

Una sola fecundizacion de un macho á la hembra la deja en estado de poner huevos durante dos ó tres años. Todos los huevos que pone en los seis meses primeros, producen abejas trabajadoras: los meses siguientes pone huevos de machos; y finalmente, en un dia solo, pone algunos destinados á producir las hembras que la han de suceder ó que han de ser reinas de otros enjambres: una abeja madre puede vivir seis años y producir en cada uno 60,000 huevos: en cuanto la ha fecundizado un macho, pone en cada celda un huevo oblongo y algo curvo y de un color blanco azulado: tres dias, despues de puesto se convierte en *larva* ó gusanillo, y ya desde aquel momento se le confía al cuidado de las trabajadoras. Sus nodrizas estan entonces recogiendo miel y *pollen*, y el gusanillo se alimenta durante cinco dias

con una composicion de estas dos materias que le presentan: el sexto dia teje el gusanillo en 36 horas un capullo de seda, en el cual queda encerrado: tres dias despues se convierte en *ninfa* ó *palomilla*, permaneciendo siete dias en este estado; y al vigésimo dia de haber sido puesto el huevo se convierte definitivamente en insecto: el número de veinte dias es el necesario para el desarrollo completo de los huevos que producen abejas trabajadoras: los que producen machos exigen veinticuatro dias; y los que producen hembras solo requieren diez y seis. Entonces es cuando las trabajadoras prodigan cuidados prolijos á los nuevos habitantes de la colonia: los limpian y lamen, y les ofrecen miel: las abejas jóvenes se dejan llevar pronto de su instinto, y se dedican al trabajo á que nacen ya destinadas.

Cuando nace un número tan considerable de abejas que la habitacion no puede ya contenerlas, y ha nacido tambien entre ellas una reina nueva que reemplaza á la que va á marchar á la cabeza de la emigracion, entonces una gran porcion de estas abejas, con su reina al frente, dejan la colmena para ir á buscar otra habitacion; pero antes de fijarse definitivamente en un sitio, y mientras esperan á que las que han ido de descubierta ó vanguardia hallen un alojamiento cómodo y conveniente, la banda emigrante no tarda en posarse en alguna parte, lo que suele suceder sobre una rama de algun árbol.

El órden con que se colocan entonces unas sobre otras es una cosa verdaderamente curiosa: las primeras que llegan se agarran á la rama en toda su circunferencia, poniéndose unas junto á otras:



cuando han formado la primera corona, todas las que van llegando enganchan sus patas delanteras en las patas traseras de las que estan agarradas á la rama, y forman la segunda corona ó círculo de abejas, que presentan igualmente sus patas traseras á las que van llegando; y asi sucesivamente, hasta que todos estos círculos tienen la longitud que quieren dar al enjambre. Entonces las que van llegando se agarran á la rama, mas arriba de las que forman la primera corona, y se enlazan unas á otras hasta que forman otra especie de sábana, sobre la que habian formado las anteriores; finalmente, todas se colocan del mismo modo y presentan una masa compacta de una multitud de sábanas amontonadas unas sobre otras, que constituyen lo que se llama un enjambre, el cual se compone generalmente de 15 á 20,000 obreras, 1,200 á 1,500 machos y una sola hembra; y se han visto algunos mas numerosos. Ha habido enjambre que ha pesado hasta ocho libras: segun las experiencias de Reaumur son necesarias 336 abejas para formar una onza de peso, lo cual hace que un enjambre que pese ocho libras debe tener precisamente 43,000 abejas: se han llegado á ver enjambres que tenian hasta 30,000 abejas entre machos y trabajadoras.

Cuando se quiere coger un enjambre, se aprovecha el instante en que todas las abejas estan aglomeradas como hemos dicho arriba, en una sola masa, y se le hace caer en un saco ó en una cesta, ya sea sacudiendo el árbol ó cortando la rama, y se le encierra al momento en una colmena que se tiene preparada al efecto. Las abejas se fijan en ella generalmente sin dificultad y empiezan en su nueva habitacion todos los trabajos que hemos descrito.

Hay varias clases de abejas en las diferentes partes del mundo, conocidas con los nombres de *Cardadores*, *Abejarrones*, *Carpinteras*, *Canteras*, *Corta-Rosas*, etc.; varían generalmente en su organizacion y ofrecen algunas diferencias sensibles en sus trabajos; pero todas tienen proxicamente el mismo grado de instinto é industria.

RESUMEN,

POR ÓRDEN CRONOLÓGICO, DE LAS PRINCIPALES AVENTURAS DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

La de los dos arrieros, que cuando estaba velando sus armas en el corral de la venta la noche antes de armarle caballero, se las ti-

(1) Véase la nota puesta al final del folio 429.

raron de la pila del pozo, al ir á dar de beber sus caballerías, de cuyas resultas, alzó la lanza á dos manos y dió con la misma tan gran golpe á uno de aquellos en la cabeza, que le derribó al suelo, muy mal trecho, y también al otro abriéndosela por cuatro pedazos.

La chistosa y estupenda de armarle caballero el ventero, á presencia de las recatadas damas del partido, que iban á Sevilla, llamadas la Tolosa y la Molinera.

La del muchacho Andrés, á quien, atado á una encina, estaba pegando muchos azotes su amo, y al cual obligó á que le desatase y pagase sesenta y tres reales de soldada sin que consiguiese otra cosa que el que dicho su amo le maltratase luego mas, burlándose así de su inesperado y oficioso protector.

La de los mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia, los cuales, pero en particular uno de los mozos de mulas que llevaban, le molió á palos, despues que le tiró al suelo Rocinante, quedando en tales términos, que no pudo moverse hasta que un vecino suyo, que venia del molino, le encontró y le llevó á su casa; y todo porque se empeñó en que aquellos confesasen que no habia en el mundo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

La de no encontrar la puerta del aposento donde tenia sus libros, despues del famosísimo escrutinio que hizo el cura, creyendo que todo se lo habia llevado su enemigo el sabio encantador Freston.

La de los molinos de viento del campo de Montiel, que se le figuraron treinta, ó pocos mas, desaforados gigantes.

La de los dos frailes de la orden de san Benito, á quienes halló en el Puerto Lápice, y suponiendo que llevaban forzadas en un coche que seguia el mismo camino á altas princesas, arremetió contra el primero de aquellos con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula en que iba, él le hiciera caer al suelo mal ferido ó muerto.

La del escudero de la señora vizcaina que iba á Sevilla, con el cual peleó y á quien descargó tan fuerte golpe sobre la cabeza, que empezó á echar sangre por las narices, por la boca y por los oídos: prometiéndole no hacerle mas daño si iba, como se lo ofreció, á presentarse ante la sin par doña Dulcinea.

La del encuentro de los pastores que conducian el cadáver de su compañero Grisóstomo, á los cuales amenazó con caer en la furiosa indignación suya si se atrevían á seguir á la hermosa Marcela.

La de los arrieros yanguéses que cojiéndole en medio y á Sancho Panza, menudearon sobre ellos con grande ahinco y vehemencia sus estacas, y dieron con ambos en el suelo.

La de la moza asturiana Mariornes, á la cual detuvo y sentó en su cama cuando iba á refocilarse con el arriero de Arévalo, de cuyas resultas este descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies mas que de trote, se las paseó todas de cabo á rabo; á cuya aventura se debe el que no se haya perdido la receta del bálsamo de Fierabrás.

La de haberse salido sin querer pagar el gasto que hizo en la venta, á que se refiere la anterior, que por de pronto se imaginó que era famoso castillo, y de cuyas resultas fué manteado Sancho Panza, como perro en carnestolendas, y se quedó el ventero con las alforjas en pago de lo que se le debía.

La de los dos rebaños de ovejas que figurándose eran los ejércitos del grande emperador Alifanfarron, señor de la grande isla Trapobana y de su contrario Pentapolin del arremangado brazo, rey de los garamantas, quiso prestar su poderoso apoyo al segundo, porque era cristiano y el otro no, y sin mas razones y á pesar de las advertencias de Sancho Panza para disuadirle de su error, se metió por medio de dichas ovejas y comenzó á lanceallas con mucho coraje y denuedo, de cuyas resultas los pastores y ganaderos descienéronse las hondas, y le saludaron con piedras como el puño, una de las cuales, dándole en el lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo.

La de los encamisados, que de noche, á caballo y con hachas encendidas en las manos, iban custodiando y acompañando una litera, cubierta de luto, dentro de la cual iba el cadáver de un caballero que murió en Baeza y que llevaban á su sepultura de Segovia, á los cuales detuvo para que le diesen cuenta y razon de quiénes eran y á donde iban; advirtiéndole que como gente medrosa y sin armas, se desbandó al instante por aquellos campos, despues de acometidos, lanceados y desbaratados todos por su perseguidor; por cuya aventura Sancho Panza le llamó por primera vez el caballero de la triste figura.

La no vista y tan temerosa de los seis mazos de batán, que con sus alternativos y acompasados golpes, con un cierto crugir de hierros y cadenas y acompañados de la noche y del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquiera otro corazon que no fuera el de don Quijote, quedando todo reducido á la nada cuando amaneció y se vió lo que era; durante cuya noche Sancho ató con el cabestro de su

asno ambos pies á Rocinante, y contó á su amo el cuento de la pastora Torralva y el paso de sus cabras por el río Guadiana.

La del barbero que iba por el camino sobre un asno pardo y que llevaba una vacía de azofar puesta sobre la cabeza y á quien arremetió por quitársela, como lo consiguió, por figurarse que era el yelmo de Mambrino.

La de los doce galeotes á quienes dió libertad y los cuales tan mal parado le dejaron y á Sancho por empeñarse en que habian de ir cargados con la cadena que les quitó á la ciudad del Toboso, á presentarse ante la señora Dulcinea.

La del hallazgo, en las entrañas de Sierra-Morena, de un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, de una mula ensillada y enfrenada en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, y del dueño de todo, llamado Cardenio ó el roto de la mala figura, quien por su locura y por las imprudencias de don Quijote, le dió tal golpe en los pechos con un guijarro, que le hizo caer de espaldas, abrumando también, muy á su sabor, las costillas de Sancho Panza.

La de Dorotea, supuesta princesa Micomicona, á la cual prometió irse con ella y no entrometerse en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darla venganza de un traidor que la tenia usurpado su reino; cuyo medio se discurrió ó inventaron el cura y el barbero de su lugar, para llevársela á casa y que concluyese con las locuras que estaba ejecutando en la Peña pobre de Sierra-Morena por desdenes de su señora.

La de las cuchilladas á los cueros llenos de vino tinto que habia á su cabecera en el cuarto de la venta, por figurarse, estando soñando, que ya se encontraba en pelea con el gigante que tenia usurpado su reino á la princesa Micomicona; de cuyas resultas el aposento se llenó de vino y el ventero tomó tanto enojo, que arremetió á don Quijote y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra de dicho gigante.

La de la burla que le hicieron las semidoncellas, la hija del ventero y Mariornes, cuando estando haciendo la guardia del que él se figuró castillo, le llamaron por el agujero del pajar y le ataron la muñeca con el cabestro del jumento de Sancho Panza, cuyo percance atribuyó á que le habian encantado.

La de la gran contienda que hubo en la venta sobre si eran ó no tales vacía y albarda, ó jaez y yelmo, las que quitó al barbero que encontró en el camino, de cuyas resultas los cuadrilleros quisieron prenderle, pero desistieron de su propósito por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, el capitán Rui Perez de Biedma, don Luis, Cardenio, don Fernando, etc., y por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar ellos lo peor de la batalla.

La del cuadrillero, que conociendo que convenian sus señas con las que rezaba el mandamiento que tenia de la Santa Hermandad, para prenderle, por la libertad que dió á los Galeotes, intentó verificarlo, de cuyas resultas, puesta la cólera en su punto y crujéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo asíó al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que el otro la presa, sin que las cosas pasasen mas adelante porque el cura persuadió á los cuadrilleros de que era un loco rematado.

La del enjaulamiento en el carro de bueyes que tan pasmado le dejó, y mas despues de la célebre profecía que con voz temerosa le dió consuelo y le dijo entre otras cosas, que su prision se acabaria cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yaciesen en uno, etc.

La del cabrero Eugenio, que por haberle dicho que tenia vacíos los aposentos de la cabeza, le replicó que estaba mas lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta, que le parió; y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á si tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remachó las narices, advirtiéndole que como aquel no sabia de burlas, sin tener respeto á la alfombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote y le asíó del cuello con ánimo de ahogarle.

La de los disciplinantes que llevaban en procesion y rogativa á la Virgen, y á los cuales arremetió por suponer que aquella era una hermosa Señora á quien llevaban contra su voluntad, y que la habian hecho algun notorio desaguisado; y de cuyas resultas uno de aquellos le dió tal golpe encima de un hombro con los restos de una horquilla ó baston, que el pobre don Quijote vino al suelo mu y mal parado.

La del encuentro de las tres labradoras del Toboso, las cuales le hizo creer Sancho que eran Dulcinea y dos doncellas suyas, y cuya figura rústica atribuyó á la malicia y ojeriza que, según él, le tenian los encantadores, quienes por tal causa le habian querido privar del contento que pudiera darle ver en su ser á la Señora de sus pensamientos.

La de la carreta que salió al través del camino, cargada de los mas diversos y estraños personajes y figuras que pudieron imaginarse, y en la cual iban un feo demonio, un ángel, un emperador, una reina, la muerte, Cupido, un caballero armado de punta en blanco y otras personas de diferentes trages y rostros, todos los cuales componian la compañía cómica de *Angulo el mulo*, incluso uno vestido de boji-ganga con muchos cascabeles, que llevaba en la punta de un palo tres vejigas de vaca henchidas, quien con sus saltos y visajes alborotó á *Rocinante* y dió con don Quixote en tierra.

La del caballero del Bosque ó de los Espejos, á quien á salva mano y sin peligro alguno, encontró con tanta fuerza, que mal de su grado, le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto, y confesar, entre otras cosas, que la sin par *Dulcinea del Toboso* aventajaba en belleza á *Casildea de Vandalia*; advirtiéndole que como se descubrió que dicho caballero y su escudero eran *Sanson Carrasco* y *Tomé Cecial*, compadre y amigo de *Sancho Panza*, tanto éste como su amo, creyeron que los encantadores habían mudado la figura de ambos.

La de los requesones que metió *Sancho* en la celada de su amo, la cual, con toda prisa se encajó este en la cabeza, de cuyas resultas, apretándose y esprimiéndose aquellos, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas, de lo que se asustó por parecerle que se le ablandaban los cascos, ó que se le derretian los sesos, ó que sudaba de los piés á la cabeza.

La del encuentro del carro donde iban los leones para S. M., á cuyo encargo obligó á que abriese la jaula de uno de aquellos, con el cual trabó batalla bajándose de *Rocinante*, empujando el escudo y desenvainando la espada, sin que tales arrojo y osadía tuviesen ningun mal resultado, porque el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de brabatas, despues de haber mirado á una y otra parte, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á don Quixote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula, por cuya aventura se llamó á sí propio el Caballero de los Leones.

La de la bajada á la cueva de *Montesinos* por entre una infinidad de grandisimos cuervos y grajos que salieron de las malezas de la boca de aquella, de cuya cueva contó á *Sancho* y al primo del Licenciado cosas estupendas é increíbles, habiendo dicho antes al primero las memorables palabras de «*aia y calla, que tal empresa como aquesta para mi estaba guardada.*»

La del encuentro en la venta de *Ginés de Paramonte*, disfrazado y convertido en titiritero, quien enseñando su famoso retablo que trataba de la libertad que dió el señor don Gaiíferos á su esposa *Melisendra*, que estaba presa en la ciudad de *Sansueña*, desenvainó la espada y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, viniendo por fin, despues de haberlo destrozado todo, á decir que los encantadores que le perseguian le mudaban y trocaban lo que ellos querian, cuyo destrozo de las figuritas y demas de dicho retablo se graduó y moderó, por jueces arbitros, en cuarenta reales y tres cuartillos, los cuales desembolsó *Sancho*, y ademas, dos reales por el trabajo de tomar el mono sabio.

La del encuentro del escudron de gente del pueblo del rebuzno, que llevaba un estandarte ó girón de raso blanco, en el cual estaba pintado, muy al vivo, un asno con un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando, y escritos alrededor con letras grandes los versos de

«No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde»

á cuya gente trató de probar que no debía darse por ofendida de sus contrarios; pero creyendo que *Sancho* se burlaba porque, puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamiente que todos los cercanos valles retumbaron, los de dicho escudron descargaron sobre caballero y escudero un nublado de piedras, amenazándoles con mil encarádas ballestas y no menos cantidad de arcabuces.

La del encuentro, en una de las orillas del rio *Ebro*, de un barco, en el cual se metió con *Sancho*, suponiendo que le estaba llamando y convidando á ir á dar socorro á algun caballero ó á otra necesidad y principal persona que debía estar puesta en alguna gran cuita, de cuyas resultas los molineros de unas aceñas inmediatas salieron con varas largas á detener dicho barco para que no se embocase por el raudal de las ruedas, advirtiéndole que como les llamase canalla malvada y otras cosas y no hiciese caso de ellos y se trastornase aquel, dió con caballero y con su escudero al través, en el agua, llevándoles al fondo por dos veces, á causa de no saber nadar, de cuyas resultas y si no hubiese sido por los molineros que se arrojaron por ambos y los sacaron como en peso, allí habria sido *Troya*; pero sin que pudiesen evitar que se les tuviese por locos hasta por los pescadores dueños del barco que hicieron pedazos las ruedas y á

quienes, por tal destrozo, tuvieron que dar cincuenta reales que valia aquel.

La del encuentro de los *Duques* con sus cazadores, en cuyo castillo tanto le obsequiaron y se divertieron á su costa y á la de *Sancho*, figurando y suponiendo como naturales y sencillas otras muchas aventuras, tales como la de la noticia sobre el modo de desencantar á *Dulcinea*, la de la *Dueña Dolorida*, la de *Clavileño el aligero*, la de la enamorada *Altisidora*, la del temeroso espanto cenceril y gaituno, etc., etc.

La del encuentro con *Sancho*, cuando desde dentro de la cueva donde se cayó despues de concluido su gobierno de la *Insula Barataria*, le tuvo por muerto y que estaba allí penando su alma, poniéndose por lo tanto á conjurarle, de cuyo error salió así que oyó rebuznar al Rucio.

La de la descomunal y nunca vista batalla, que por defender á la hija de la dueña *doña Rodríguez*, empezó á sostener con el lacayo *Tosilos*, sin que ocurriese por fin nada, porque dicho lacayo se dió por vencido.

La de las redes de hilo verde que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y entre las cuales, y sin pensar en ello, se enredó, y supuso que los encantadores que le perseguian tenían la culpa, viniéndose luego á apurar que dichas redes eran de dos hermosisimas jóvenes que se presentaron, quienes con sus muchos parientes y amigos se estaban holgando en aquel sitio; todos los cuales le convidaron á comer, y le honraron dándole el primer lugar en las mesas.

La del reto que hizo en la mitad de un camino real á los pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo que por aquel pasasen ó hubiesen de pasar los dos días siguientes, asegurando que estaba allí puesto para defender que, dejando á un lado á la Señora de su alma, *Dulcinea del Toboso*, las *Ninfas habitadoras de aquellos prados y bosques*, refiriéndose á las disfrazadas pastoras de la anterior aventura, escedian á todas las hermosuras y cortesías del mundo, de cuyas resultas, porque la suerte hizo que pasase un tropel de toros bravos y de mansos cabestros conducidos por una muchedumbre de hombres, y porque despreció el aviso que le dieron los vaqueros para que se apartase á un lado, pasaron unos y otros sobre él y sobre *Sancho*, *Rocinante* y el Rucio, dando con todos en tierra, y quedando molido el segundo, espantado el primero, aporreado el cuarto y no muy católico el tercero.

La de los dos caballeros que en otro aposento de los de la venta junto al suyo estaban leyendo un capítulo de la segunda parte de su historia, compuesta por *Abellaneda*, á quienes convenció de que él era el verdadero don Quixote.

La de los cuarenta ó mas bandoleros de la partida de *Roque Guinart*, que de improviso le rodearon y á *Sancho*, hallándose el primero á pie, el caballo sin freno, su lanza arrinada á un árbol, y en una palabra, sin defensa alguna, por cuyo motivo tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazon y coyuntura; advirtiéndole que como el *Guinart* conoció que su enfermedad tocaba mas en locura que en valentia, se holgó en estremo de haberle encontrado, y despues de varias cosas extraordinarias que pasaron y que presenció don Quixote, le recomendó á su amigo don Antonio Moreno, vecino de Barcelona, encargándole diese noticia á los *Niarrros* para que con él se solazasen, y para que carecieran de tal gusto los *Cadells*, sus contrarios.

La de los muchachos que, á la entrada de Barcelona, alzando la cola del Rucio y la de *Rocinante*, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas, de cuyas resultas, y sintiendo los pobres animales las nuevas espuelas y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera que, dando mil corbos, dieron con sus dueños en tierra.

La de la cabeza encantada de la casa de don Antonio, que tan admirado le dejó con sus respuestas, que se le erizaron los cabellos de puro espanto.

La de las dos damas, de gusto picaresco y burionas, que en el sarao que hubo en la repetida casa del don Antonio, le sacaron á danzar, moléndole el cuerpo y el ánima, y á las cuales viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: «*Fugite partes adversas*», sentándose en mitad de la sala, en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.

La del supuesto caballero de la *Blanca Luna*, á quien halló una mañana al ir de paseo por la playa de Barcelona, y con el cual peleó en singular batalla, con condicion de que si era vencido se habia de recoger y retirar á su lugar por tiempo de un año, donde habia de vivir, sin echar mano á la espada en paz tranquila y en provechoso sosiego, advirtiéndole que como por desgracia sucedió así, partió el amo desarmado y de camino y *Sancho* á pie, por ir el Rucio cargado con las armas.

La del atropello que sufrió estando durmiendo á un lado del camino por los seiscientos ó mas puercos que unos hombres llevaban á vender á una feria, y cuya afrenta atribuyó á pena de su pecado, porque, segun él, era justo castigo del cielo que á un caballero andante

cencido le comiesen adibas, le picasen avispas y le hollasen puercos.

La del encuentro de los hombres de á caballo y de á pie que, arbolando sus lanzas, sin hablar palabra, se apoderaron de caballero y escudero y les llevaron al castillo del Duque, en cuyo patio ocurrió, á poco, la chistosa escena de la supuesta muerte y resurrección repentina de *Altisidora*, advirtiendo que en el camino, como cerrase la noche y apresurasen aquellos el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decían: «*camínad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejeis, scitas, ni abraís los ojos, polisemos matadores, leones carniceros, etc.*»

La del encuentro en el meson con el caballero *Don Alvaro Tarfe*, á quien hizo declarar ante el alcalde del pueblo y un escribano que no le conocía y que no era aquel que andaba impreso en una historia titulada: *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*, con cuya declaración quedaron muy contentos amo y criado, como si les importase mucho la mis-

ma y no mostrara claro la diferencia de los dos Quijotes y la de los dos *Sancho*s sus obras y sus palabras.

La de los dos moachos que, á la entrada de su lugar, vió estaban riñendo, y oyó que el uno dijo al otro: «*no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida*»; cuya palabra aplicó á su *Dulcinea*, sin cesar de repetir aquello de *malum signum, malum signum*: *liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece*; advirtiendo que despues de llegar á su casa acompañado del Cura y del *Rachiller Carrasco*, cuando él menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolia que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en cama, al cabo de los cuales murió despues de confesarse y de hacer testamento, en cuyos actos *Alonso Quijano el Bueno* dió pruebas evidentes de hallarse cuerdo y muy arrepentido de las pasadas locuras que hizo con el nombre de *Don Quijote*.

REMIGIO SALOMON.

EL DUENDE

DE VALLADOLID.

(Tradición yucateca.)

ROMANCE I.

En mil quinientos sesenta,
Poco menos, poco mas,
Pisó Francisco de Vargas
Las playas de Yucatán.
A Valladolid pasó,
Disponiéndose á tomar
Posesion de una encomienda
Que le dió Su Magestad.
Y para que le conocían
Mis lectores, este tal
Es un mancebo cumplido
Tan bizarro como audáz;
Andaluz de los tremendos:
De estos que con el mirar
No dejan el sol á oscuras
Por desidia ó caridad.
Grán rascador de vihuela,
Y no reconoce igual
En los sabrosos cantares
Y en la gracia del danzar.
Ojos severos y ardientes
Tiene, y resalta en su faz
Ancho y torcido bigote
Mas negro que el alquitran.
Inclinado á la milicia,
Ganoso de pelear,
En Flandes pasó diez años,
Los mejores de su edad.
Allí, con notable esfuerzo,
Bizarro como el que mas,
Ganó, vertiendo su sangre,
La banda de capitán.
Soldado de aquellos tercios
Que supieron conquistar
En esos tiempos de gloria
Tanto laurel inmortal,
Y que mas tarde pusieron
Con valerosa lealtad
A los pies del león de España
Las Quinas de Portugal,
Era Vargas respetado
En la guerra y en la paz,
Y el coco de los valientes,
Que buscaban su amistad.
Cortés y bizarro á un tiempo,
Afable y osado al par,
De flamencas y alemanas
Era el encanto y solaz.
Si era el mozo enamorado
El decirlo está demás,
Que no indican tales prendas
Corazon de pedernal;
Y nació en aquel dichoso
Paraíso, en que la edad
De la infancia se desliza
Entre ilusiones, fugaz,
Y donde envuelto entre ráfagas
De rosas y de azahar,
Respira el céfiro amores
En primavera eternal.
Así que, no bien llegado

A la villa, aquel rapaz
Ciegozuelo le robó
El alma y la voluntad.
Juanita, la hermosa hija
Del noble Pedro Guzman,
Supo con una mirada
Esta conquista acabar.
Es la niña peregrina!
No es mas esbelto ni mas
Gracioso el tronco flexible
De la palma tropical.
Sus ojos son dos luceros
De radiante claridad
Que abrasan los corazones
Con su reflejo vivaz.
Limpio, anacarado cutis,
Que no es mas terso el cristal,
A su rostro portentoso
Divinos encantos dá.
En perfumadas madejas
Sus rizos cayendo ván
Sobre un cuello, que los cisnes
La pudieran envidiar.
Tal es la graciosa niña
Hija de Pedro Guzman:
Sol de la villa la nombran,
Y reina de la heldad.
Así, cuando sale á misa
A la iglesia parroquial,
Va robando corazones
Por donde quiera que vá.
Pero no sin propio daño
Prendió el de nuestro galán,
Que ella tambien quedó herida
Perdiendo su libertad.
Tal mozo, bien merecia
El cariño de hembra tal:
La suerte los puso enfrente,
Y amor hizo lo demás.
Por eso todas las noches
Dando muestras de su afán,
El no abandona la calle,
Y ella en su ventana está.

II.

Pero en vano ambos amantes,
En sus esperanzas locas,
Sus deseos alimentan
De ilusiones engañosas.
En vano turbando el aire
Con mil canciones sonoras,
Pinta Vargas á Juanita
Sus mal sufridas congojas.
La niña calla, y sus penas
En el corazon ahoga,
Bebiendo las tiernas lágrimas
Que de los ojos la brotan.
Mal haya el tirano padre
Que de tal pasión se enoja,
Y la riñe porque vela
En la ventana á deshora!
Y por qué si es tierna joven,
Y su corazon no es roca,
Y están diciéndo sus ojos
Que no nació para monja?
Mas no es otra la razon,
Sino que Pedro ambiciona
Un enlace para Juana,
Que á su gusto se acomoda.
Con Alvaro Osorio, hombre

Viejo asaz, de cara torva,
Avinagrado carácter
Y catadura espantosa,
Arregladas tiene Pedro
De nuestra niña las bodas,
Porque diz que el novio es rico,
Y lo demás es bambolla.
Maldito metall maldito
Mil veces quien lo ambiciona,
A precio de su conciencia,
O de su ventura á costa!
Maldita razon del oro
Que tantas dichas estorba,
Y por la cual mi Juanita
Penosa lágrima llora!
Mas no por eso se arredra;
Que ha jurado, si no logra
Su amor, buscar en un claustro
La calma que ya no goza;
O al menos, si esto le niega
Su fortuna rigorosa,
Que no han de ser para Osorio
Los encantos que atesora.
Por mas que Pedro amenaza,
Y el nombre de padre invoca,
Ella permanece firme
Como piedra entre las ondas;
Que no es padre quien así
Su voluntad aprisiona,
Entregándola en los brazos
Del viejo amante á quien odia.
Y fuera en verdad un crimen
Que aquella cándida rosa
Rica de vida y perfumes,
Que descuella sobre todas,
Vendida y sacrificada
De su existencia en la aurora,
Morir viera de sus gracias
La pura, espléndida pompa!
Que llorara en el encierro
De su mansion en mal hora,
Encantos desvanecidos
De una imaginada gloria:
Que viera á cada momento
De la noche entre las sombras,
Como al claro sol, la imágen
Que alma y vida le roba,
Y que hubiese de enjugar
Las lágrimas que rebosan
De sus ojos. Pobre niña!
Primero el claustro te acoja!
A tanto llegó la saña
Del padre, á tanto la cólera,
Que á Vargas amenazó
Porque la calle le ronda;
Y armado de luenga espada,
De arcabuz y de pistolas,
Pasaba noches enteras
A la puerta, de custodia.
Con eso logró por fin
Ver la calle otra vez sola,
Sin que turbasen su calma
Cantinelas amorosas.
¿Perdió Vargas su esperanza?
¿Tal vez con alma traidora
Ha olvidado á la Juanita
Como ha olvidado á mil otras?
¿Tuvo miedo al arcabuz
De Pedro? Cuestiones hondas
Son, que resolverse pueden
Cuando se acabe mi historia.

Lo cierto es que á pocas noches
Se oyó en la calle á deshora
Rumor triste y espantoso
Que alarmó la villa toda.
Ayes, tremenda alharaca,
Gemidos y voces roncadas
Por todas partes se escuchan,
Con que el barrio se alborota.
Cien raquiticos candiles
A las ventanas asoman,
Y mas de trescientas caras
Espantadas y medrosas.
Pero qué ven? un fantasma
Tremendo, de horribles formas,
De colosal estatura
Y ancha cabeza pelona.
Jamás, jamás sobre el lienzo
Trazára el pincel de Goya
Tan horrible catadura,
Vision tan aterradora.
Sus ojos como luciérnagas
Relumbran con luz fosfórica,
Profundamente escondidos
En las descarnadas órbitas.
Sus flacas piernas, cual cañas,
Flexiblemente se doblan,
Y las altas azoteas
Sus manos á veces tocan.
Al ver tan fiero espectáculo
¿Qué valiente no se asombra?
¿Qué niña no se desmaya?
¿Qué vieja no se alborota?
Así fué, pues se cerraron
Luego las ventanas todas,
Y asustados los vecinos
Corrieron á las alcobas.

III.

Así fueron transcurriendo
En mes y otro mes y otro,
Siendo la villa teatro
De escándalo tan insólito.
No bien la hora de la queda
Como señal de reposo,
De la lúgubre campana
Marcaba el tañido ronco.
Cuando las calles cruzando
El alto y horrible monstruo
Turbaba el tranquilo sueño
Del vecindario medroso.
Luenga cadena arrastraba,
Lanzando del pecho cóncavo
Ahullidos é imprecaciones,
Suspiros, quejas y votos.
Ora semeja un lamento
Triste, doliente, amoroso,
Que entre el silencio vibrando
Llega al corazón, sonoro;
Ora remeda al feroz
Rugido de hambriento lobo,
O del Búho solitario
El graznido melancólico.
Pero cuando acaso llega
A las ventanas de Osorio,
La luenga cadena arrastra
Con desusado alboroto.
Puertas y rejas sacude,
Y con acento diabólico,
Ya por su nombre le llama,

Ya le denuesta furioso.
Y sin respeto á los años
Que goza, que no son pocos,
Las ventanas le golpea
Con peladillas de á folio.
Signos coloca en su puerta
De horrible y fatal pronóstico
Para el miserable viejo
Con presunciones de mozo;
Y pulsando una vihuela,
(Que el duende era filarmónico),
Cantaba estas seguidillas
Con triste y pausado tono.

«Alvaro, no te cases
Con niña hermosa,
Que es prueba, aun para mozos,
Muy peligrosa:
Si á ello te inclinas,
Cuenta que en vez de flores
No halles espigas.
Ejemplo es Juan Chamorro
De lo que digo,
Y su cara costilla
No es mal testigo:
Odios eternos
Produjo su bodorio
Palos y.....»

Perdone el lector benévolo
Si, cronista fiel, espongo
La exactitud de los hechos
Sin melindres ni rebozo.
Si fué calumnia del duende,
No sé, ni de ello respondo;
Pero hubo gran zurrubanda
En casa de Juan Chamorro;
Y aun diz que llegando el punto
A escándalo de divorcio,
Quedó reputado el duende
Por brujo de tomo y lomo.
Es lo cierto que cansados
De bullas y trampantojos,
Resolvieron los vecinos
Poner á estos males coto.
Hubo junta á que asistieron
Los mancebos mas bríosos,
El cura y el boticario
Y los alcaldes de voto.
Propusieron mil medios;
Mas desecháronse todos,
Por desatinados unos,
Por impracticables otros.
Hubo confusión horrenda,
Gritos, horribles propósitos,
Y aun diz que á alguna razon
Sirvió un trancezo de apoyo.
En fin; por zambra y paliza
Iba á acabar el negocio,
Segun iban ya cruzándose
Las pullas y los apodos,
A no remediarlo el cura
Que con acento estentóreo
Llamó al orden, con que fueron
Calmándose los furiosos;
Y con voz alta y solemne
Ofreció al concurso atónito,
En un soberbio discurso,
Notable por el exordio,
En aquella misma noche

Remedio poner á todo;
Y aun dijo que buscaria
Al duende de solo á solo.
Admirado y confundido
Escuchó el auditorio,
Dudando que consiguiera
De tamaña empresa el logro.
Y era de admirar, por cierto,
Aquel valor asombroso
Que centellando brillaba
Del viejo cura en los ojos.
Oh! cuando tantos mancebos
De crudo semblante torvo
Su torpe miedo mostraban
En la palidez del rostro,
El solo allí consultando
Su corazón animoso,
Pensó acabar esta empresa
Contra el astuto demonio.
Oh insigne varón! la historia,
En sus páginas de oro,
Tu ilustre y preclaro nombre
Hará á los siglos famoso.
Oh noble Tomás Lersundi,
Tan valiente como docto!
Tu memoria y remembranza
Volarán de polo á polo!
Qué valen, pues, á tu lado
Los héroes que el mundo loco
Ensalza sobre cadáveres,
Y entroniza sobre escombros?
Nada! con razon te admiran
Tus feligreses, y en coro
Pregonan tus alabanzas
Sin ocultar su sonrojo.
Todos la palma te ceden;
Mas no te la envidian todos,
Que no falta quien murmure
De tu victoria dudoso.
Llega por fin la tremenda
Noche, y con su manto lóbrego
Envuelve plazas y calles
En misterio tenebroso.
Se oye la lenta campana,
Y á la par se oyen de pronto
Cien puertas que se aseguran
Con aldabas y cerrojos.
Solo el cura no ha temblado:
Antes sacudiendo el ocio,
Prepárase á la contienda
Palpitando de alborozo;
Y echándose á la salud
Del espíritu, dos sorbos,
(Segun unos, de agua pura,
Aunque hay quien diz si era mosto),
Abalanzóse á la calle,
Llevando bajo el embozo
Las armas con que ya espera
Vencer al trasgo diabólico.
Y no lleva luenga espada,
Ni daga, ni alfanje corvo,
Que para tales contiendas
Tales medios fueran pocos;
Mas lleva fé y esperanza
En el corazón brioso,
Y ademas va prevenido
Del ritual y del hisopo.

(Concluirá.)

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL NIÑO DE NIEVE.

Un mercader turco se vió obligado á hacer un viaje de dos años
para arreglar sus asuntos mercantiles: su muger, que era jóven y
bónita, tomó un amante para esperar con mas paciencia su vuelta.
Sin embargo, el mercader llegó de improviso, y halló á su muger
ocupada en criar un hermoso niño. Con meliflúo tono se informó
pacíficamente de la causa que le habia proporcionado un aumento de
familia. Su muger le contestó astutamente: «Preciso es que el gran
Mahoma sea el padre de este niño, porque un día estaba yo echada
en un banco del jardín, cuando vino una nube á colocarse perpendi-
cularmente encima de mi cabeza. Al mirar al cielo vi que empezó á
nevar. Entonces me puse á orar: un copo de nieve me cayó en la
boca, y nueve meses despues di á luz este hermoso niño.»—Doy
gracias al Santo Profeta, dijo el mercader, yo deseaba un heredero,
y él me le ha enviado. Estoy satisfecho: es menester que tengamos
mucho cuidado del descendiente del padre de los fieles.»

Este mercader sabia disimular perfectamente: era amigo de la
paz conyugal, y nunca reprendió á su muger, manifestando al mismo
tiempo mucho cariño al hijo del Santo Profeta. El niño creció: apenas
tenia quince años, cuando su padre adoptivo propuso llevarse á un
viaje que iba á emprender. Efectivamente, le condujo á Alejandria,
y allí le vendió á un mercader que hacia el comercio con las Indias
orientales.

A su regreso, su muger se desesperó con la pérdida de su hijo.
«Modera tu dolor, le dijo el mercader: «Del profeta es de quien
debes quejarte. Un día que hacia mucho calor, tu hijo y yo pasába-
mos por la cresta de una montaña muy alta: de pronto le vi disol-
verse y derretirse á mi vista. Yo hubiera tratado de socorrerle, pero
me acordé de que me habias dicho que habia sido engendrado por
un copo de nieve, y creí que no debía tomarme un trabajo inútil.» Su
muger comprendió y calló.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.